

Magfco. y Excmo. Sr. Rector de la Universidad de Burgos.
Ilustrísimas y dignísimas autoridades locales y provinciales
Excmas. Autoridades del Instituto Tecnológico y Estudios Superiores de
Monterrrery (México)
Señoras y señores:

Es para mí un gran honor y una grave responsabilidad asumir la voz de mis otros compañeros doctores de las facultades de Derecho y Humanidades y Educación para intervenir en su nombre y transmitir el sentido y significado de este alto grado académico.

Para andar sobre senda segura, quiero emprender mis primeras palabras haciendo testimonio de la rica sabiduría popular que nos recuerda que hay DOS COSAS QUE NO SE PUEDEN AGOTAR: EL SABER Y EL AGUA DEL MAR.

Ciertamente no sólo la duda de no saber, sino la conciencia de querer aprender resume el haber y la disposición de ánimo de un doctorando. Y en ello doy fe que fue mi humilde equipaje allá por el año 2001 cuando tomé estación de destino en esta Universidad de Burgos con la fortuna de contar con el respaldo sereno y seguro de mis maestros que acogieron mi inquietud de estudiar el impacto de un proyecto de innovación educativa en México y me apoyaron sin reservas en esta larga y difícil travesía del doctorado como si de un corredor de fondo se tratara.

De ellos y de otras personas universitarias que hoy con su presencia discreta me acompañaban, aprendí a atender los problemas educativos desde la perspectiva del rigor y del método. De enjuiciar críticamente los datos objetivos y de plantear propuestas de trabajo sobre la funcionalidad de la Telesecundaria en aquellas comunidades rurales mexicanas con un volumen poblacional inferior a 2500 habitantes.

Y todo este concepto pedagógico como propósito de vincular el proceso de modernización educativa de una tupida red escolar de enseñanza secundaria al servicio público de la educación estatal en orden a la necesaria atención de aquellos sectores sociales más débiles y desprotegidos de la Sociedad. En fin, de instrumentalizar los saberes científicos con la responsabilidad pública.

Por todo ello mi gratitud y reconocimiento a los doctores Palmero y Jiménez Eguizábal.

Pero a este lado de mi experiencia personal, quisiera añadir el valor añadido de mi formación universitaria que ha sido sin duda la posibilidad de

encuentro recíproco de dos mundos culturales, mexicanos y españoles, portadores de un acervo común, pero al mismo tiempo capaces de desarrollar autónomamente su particular idiosincrasia desde una perspectiva de respeto y solidaridad entre ambos pueblos.

Aquí tuve la oportunidad de transmitir la apuesta y progreso cultural de mi país, de significar la formación de científicos y educadores que desde el Instituto Tecnológico de Monterrey llevamos a cabo desde hace 60 años; en definitiva, de contribuir a la apuesta común de la colaboración.

Sabemos que la Universidad esta llamada a producir ideas, a avanzar en el desarrollo material, pero también a orientar actitudes y valores fundamentales que deben presidir la vida ciudadana. Y en esta línea entiendo que México y España están llamados a fortalecer su compromiso histórico con una visión renovadora y abierta al progreso de los conocimientos teóricos y prácticos que mejore la existencia y convivencia de sus ciudadanos.

Porque la universidad tiene un papel relevante no sólo en el cultivo de la ciencia sino debe aspirar a forjar la ética y la ejemplaridad social. Para ello la tarea de la enseñanza superior resulta prioritaria para elevar no sólo la calidad humana sino el compromiso social basados en los nuevos modelos y técnicas de investigación docente como suele acontecer en el universo científico de nuestro entorno cultural.

Soy consciente que una tesis doctoral no es más que la puerta a un gran proyecto investigador, pero les confieso que esta obra personal que en la mayoría de las ocasiones está llena de desconuelos, de horas de soledad, de mucha perseverancia y sacrificio en el hallazgo de argumentos concluyentes, en mi caso estuvo aumentado por la ausencia del afecto familiar, y por esa dificultad ha significado una maduración personal, que más allá del simbolismo y ritual del acto de defensa, ha representado el noble propósito de culminar un proyecto personal.

Dicho esto, deseo concluir mi breve intervención acudiendo al noble asidero de la noble e inmortal palabra del poeta mexicano Octavio Paz:

No hay un antes ni un después
Lo que viví, lo estoy viviendo todavía
Lo que viví, ¿Fui acaso?
Lo que viví, lo estoy muriendo todavía.

Muchas gracias. He dicho.